



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 18.925

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 10 DE DICIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretta, rue Oamartin 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 81.

Microscópicas

¿Qué ha pasado en Alguazas? ¿Cómo se ha ido fraguando el drama que empezó Dios sabe cómo y ha terminado en horrible tragedia?

Por la propia voluntad de aquel que la fundara, ha sido destruida una familia. De un golpe rompió el lazo que á su mujer le unía dejando á sus hijos huérfanos de madre. Acusado por el remordimiento ó huyendo á la desesperación que le embargaba, ó actuando de juez de sí mismo, condenóse á muerte desastrosa, designando por su propia voluntad el verdugo que había de ejecutarla sentencia. Un tren.

Y el tren pasó silbando, dejando tras de sí el cadáver del suicida, del que, en un acto de ira, de desesperación, de lo que sea, ha de jado á sus hijos solos en el mundo, con una enseñanza terrible y con un recuerdo más terrible aún.

Porque en ese cuadro de sangre y horror se destacan dos inocentes víctimas, dos niños que se enteran de los males del mundo de un modo brutal, al encontrarse por sorpresa ante su madre destrozada y muerta por mano de aquel á quien llamaban padre.

Seis años cuenta el uno y diez el otro. Con la alegría propia de los niños saltaron de la cama al amanecer el nuevo día para ir á recibir el beso cotidiano al pecho de la madre y...

¿Verdad lector que entre la madre muerta por mano del marido y este destrozado por las ruedas del tren, se siente compasión más profunda en presencia de esos dos pequeñitos barbaramente sorprendidos con el tremendo cuadro con que su propio padre turbó su despertar?

RAUL.

TIJERETAZOS

A la estación de Vicalvaro ha llegado una caja cuyo talón declaraba que contenía ropa.

Y no habla tal; porque infandiendo sospechas la cajita, fué abierta con las formalidades de rúbrica, presentando su tripa á los asombrados asistentes al acto.

La tripa era monedra contante y sonante: novecientos ochenta pesetas sencillas y dobles, pero todas falsas.

Aquí de la policía. Si fuese buena la que se usa en España, el consignatario y el destinatario de esa ropa se comerían en la cárcel el pavo de pasana.

Pero ¡ay! se lo comerán fuera, con las manos libres para seguir expidiendo pesetas de peltre ó de latón bañado.

Cuando se creía estar sobre una pista buena para descubrir pronto á los autores de la bomba de la calle de Fernando, resulta que está loca la mujer que la ha dado.

¡Qué desconcielo para quien paga caro el derecho de seguridad verse expuesto á volar en pedazos y á que no se descubra el culpable de tales salvajadas!

El «Heraldo» no hace más que dar toques de atención.

En un artículo publicado ayer y que lleva el título *La confianza del presidente*, dice:

«Nuevamente llamamos la atención de liberales y demócratas acerca de la confianza, mejor diríamos de la seguridad, que abriga Maura en su porvenir gubernamental, por motivos sospechables y que hacen bien poco honor á muchos de sus adversarios aparentes.»

Tantas advertencias y tantas llamadas no indican más que esto:

Que hay poca confianza en la cuadrilla.

BESUGOS Y TAMBORES

La gente menuda empieza á vislumbrar los encantos pastoriles de la Navidad. Las tiendas de juguetes exhiben ya en sitio preferente y asequible á la curiosidad infantil, los clásicos, los tremendos, los insoportables tambores.

Muy pronto, grupos de muchachos del arroyo organizados militarmente recorrerán todas las calles de sus respectivos barrios,

atronando el espacio con sus descompasados tamborilazos y los enfermos de jaqueca se darán á todos los diablos.

En los encorados de las clases, en las tapias de los establecimientos docentes, aparece en gruesos caracteres la palabra «punto», unas veces con carbón, otras con yeso. Se pide el punto al trabajo, al estudio, como se pide la luna... por pedir.

La familiar escolar cierra los libros y se esponja un poco considerando que en un mes poco más ó menos no tiene que aprender nada ni estudiar nada, ni hacer nada más que divertirse y disfrutar de la vida ¡hermosa edad!

Las vacaciones de Nochebuena, están al caer como quien dice y el que más y el que menos se dispone á afilar los dientes, para ponerse en lucha con el turrón y los mil alicientes gastronómicos que por doquier se exhiben como precursores de la apoteosis de Belón.

Esta es la gran época de los besugos más ó menos relacionados con el mundo exterior, esto es, el que bulle y se agita más allá de las ondas marinas.

El besugo se da todo en Nochebuena y es quizá el elemento principal en esta época del año.

Tal vez por eso se lo encuentra uno en todas partes.

Vais por la calle y un carruaje intruso con llantas de goma os salpica de fango.

¿Quién es el que va dentro? pregunta la gente burda. Y vosotros le contestáis flumáticamente:

«Es... el gran besugo.»

Muchas gentes hay que acuden á daros tono en los grandes círculos, que no son otra cosa que besugos entonados; pero su glorificación dura poco porque cuando menos se piensa en de su pedestal... y van á la caza después de haber sido perfectamente escamados.

Las expendedorías de turrón y mazapán parecen tribunas parlamentarias.

¿Qué actividad, qué movimiento, qué bullicio, que entrar y salir!

El guiñache, el jijona, el garrapiño son siempre los mismos; no pasan años por ellos.

El mes de Diciembre es el mes terrible, sobre todo para los que no tienen la señalada honra de ser cabezas de familia.

Todos los golpes van á parar á un bolsillo en forma de aguinaldos, propinas y obsequios.

Y menos mal que se sueña con el gordo de Nochebuena, pues hay quien no se con-

tenta, sino con el mismo gordo, con alguna de sus derivaciones, esperando atrapar un buen premio que le saque de apuros y fatigas.

Lo cierto es que las vacaciones de Nochebuena llegan á toda prisa y que el jolgorio es general, sobre todo entre músicos y danzantes, entre escolares y vagos de profesión.

Pero este año, las alegrías no serán tantas ni tan completas como el anterior. Ha nevado y hay mucha gente sin trabajo, hay caras sinistras, miradas torbas, gestos amenazadores.

Es el hambre que tortura á los desheredados, es la personificación del terrible problema de las subsistencias, que parece retorcer las entrañas de los desvalidos con ternuras de hilo candente.

Cuando no hay pan, cuando en los hogares falta calor, cuando la felicidad huye de las gentes que sólo viven del ejercicio de sus manos sin esperanzas y sin estímulos, el turrón resulta artículo de lujo.

¡Tristes vacaciones las de quienes buscan trabajo y no lo encuentran y se ven forzados á ayunar en esta época de hartura y golosinas!

Para los que gimen sin consuelo en las profundidades del infortunio, las vacaciones de Navidad son una prolongación de sus torturas, una crueldad inaudita, y un motivo más de contrariedad y tormento.

¡Besugos, turrónes, mazapanes!

Todo eso son visiones fantásticas de imaginaciones calenturiantes, sombras chinecas que sólo se hacen palpables en las mansiones doradas, no en los desvanes y las buhardillas, donde el espectro de la desolación y de la miseria tiende sus negras alas sobre las eternas víctimas de los egoísmos humanos.

Abel Imart.

CURIOSIDADES

Los automóviles

En 1891 había en todo el mundo una docena próximamente de fábricas de automóviles.

El nuevo sistema de vehículos no se había generalizado.

Diez años más tarde, en 1904, se hallan registradas más de 500 marcas, y en la construcción de automóviles se emplean unos 100000 obreros.

Si á este número se agregan los operarios que prestan sus servicios en indus-

trias ajenas, esa cifra aumenta de un modo prodigioso.

París es el centro de la fabricación de la citada clase de vehículos.

Ciudades suburbias, como Suresnes, Pantaux, Billancourt, Boulogne, Saint Denis, Courbevoie, Levallois y otras, se han convertido en poco tiempo, en la metrópoli del automovilismo.

Mil quinientos obreros concentran el cotidiano sustento en las grandes fábricas en ellos establecidas.

Natación

Las numerosas tentativas realizadas por los Holbein y los Burgos para cruzar á nado el Paso de Calais el verano pasado, han demostrado que, eligiendo un día favorable y teniendo en cuenta la dirección de las corrientes, era realizable esa traversía, que solamente ha podido llevar á feliz término el capitán Webb.

La «Brussels Swimming Club» ha decidido lanzar un reto para realizar á nado la travesía de Douvres á Calais ó viceversa, siguiendo la dirección de las corrientes, á todas las Federaciones de natación.

Habrán de luchar cinco hombres de cada una de las Asociaciones rivales, adjudicándose una copa de gran valor al bando á que pertenezca el primer nadador que pise la costa Inglesa ó francesa, según la dirección que se acuerde.

Probablemente se publicará pronto el reto.

Entretenimiento inocente

En Zurich llama la atención un pescador de caña que pasa largas horas dedicado al entretenido deporte, devorando en crudo el producto de sus atanes.

En torno al voraz «sportsman» se agrupa todos los días un sinnúmero de curiosos no menos pacientes que el héroe.

Escuela de periodistas

En Moscú se ha inaugurado una escuela de periodistas, dirigida por el profesor L. Wladimirov.

Las enseñanzas que comprende el plan acordado se refieren á Moral, á Historia de la Literatura general y rusa, del periodismo, del Arte, Taquigrafía y Derecho usual.

Las clases serán teórico prácticas.

Museo Zola

Alfredo Bruneau ha encabezado en Francia una suscripción nacional para adquirir la casa en que nació el famoso novelista Emilio Zola y organizar en ella un Museo

El efecto de aquella dolorosa escena de familia había sido tan fuerte, que las señoras de Mererville y Daniel llegaron á olvidar los polvos de su propia situación.

Bernard fué el primero que dió muestra de recordarlo.

Después de corto silencio, alzó la cabeza y dijo con voz todavía alterada pero firme:

—Vamos, no hay que hablar más de este asunto. Si alguno se atreviese en cualquier tiempo á hablar de esto en mi presencia... Pero estamos perdiendo el tiempo; señoras pensad en vuestros equipajes; yo voy á enganchar los caballos, porque es preciso que dentro de diez minutos nos pongamos en camino.

Y salió precipitadamente.

Entonces la señora Bernard se abandonó sin miramientos á su pesar; pero Daniel logró consolarla algún tanto, noticiándole la próxima partida de su marido.

Esta circunstancia permitiría á la granjera volver á ver á Fanoheta, que, según todas las probabilidades, no debía haberse alejado mucho de la casa, y tal vez tenerla uno ó dos días en su compañía.

Las señoras de Mererville confirmaron á la granjera en sus esperanzas, y por fin, viéndola más tranqui-

la, deslizaron en su mano algunos asignados para su hija y entraron con precipitación en su cuarto.

Había anochecido completamente y se oían en el patio las pisadas de las caballerías que volvían al establo.

Los mozos y los criados se dedicaban á las últimas faenas del día.

Mientras que Daniel y la granjera hablaban en voz baja, un hombre entró tímidamente en la sala.

Era Francisco el buhonero, cuya palidez resataba bajo la ensangrentada venda que rodeaba su frente.

Parecía muy débil y caminaba con dificultad, apoyado en su codo bastón.

Al verle, Daniel se adelantó hacia él, preguntándole con interés cómo se sentía.

—Mucho mejor, querido ciudadano,—contestó Francisco con tono singularmente humilde y salomero,—gracias á vos y á los cuidados de esta buena ciudadana. Sin embargo, mucho temo no poder ponerme mañana temprano en camino con mi caja al hombro.

—Pues bien, en tal caso, ahí está la señora Bernard, que consentirá, á mi ruego, en daros aquí albergue hasta que vuestras fuerzas se hayan restablecido.

La granjera hizo un signo de asentimiento.

que marcha, que soy yo mismo, no lleva el mismo camino que vos y no puede encargarme de ninguna comisión.

—¿Vos? preguntó el buhonero;—yo creía que viajábais á caballo.

—Mejor se va en coche, sobre todo cuando se lleva una linda compañera, ¿no es verdad, ciudadano?—dijo sonriendo el Tuerto de Jony.

Tales preguntas exasperaban más y más á Daniel; sin embargo, dominó su impaciencia y dió á entender á sus interlocutores que el ciudadano Bernard, naturalmente poco sufrido, podía no gustar de que se espiesen sus acciones. En consecuencia, les volvió á intimar que se retirasen al pajar donde ambos debían acostarse, según la costumbre.

La granjera apoyó esta invitación en términos que los curiosos no tuvieron nada que alegar para resistirse por más tiempo, y salieron, el buhonero deseando toda clase de prosperidades á la señora Bernard, y el Tuerto dándole las buenas noches con una especie de burla siniestra.

Daniel los siguió, porque un sentimiento indelible le aconsejaba desconfiar de aquellos dos hombres, á pesar de su aspecto indolente.